

GABRIEL CARA GONZÁLEZ, UNA VIDA EN ROQUETAS

Nací el 23 de Abril de 1931, en Roquetas de Mar, hijo de Gabriel Cara Fernández y María González Sánchez.

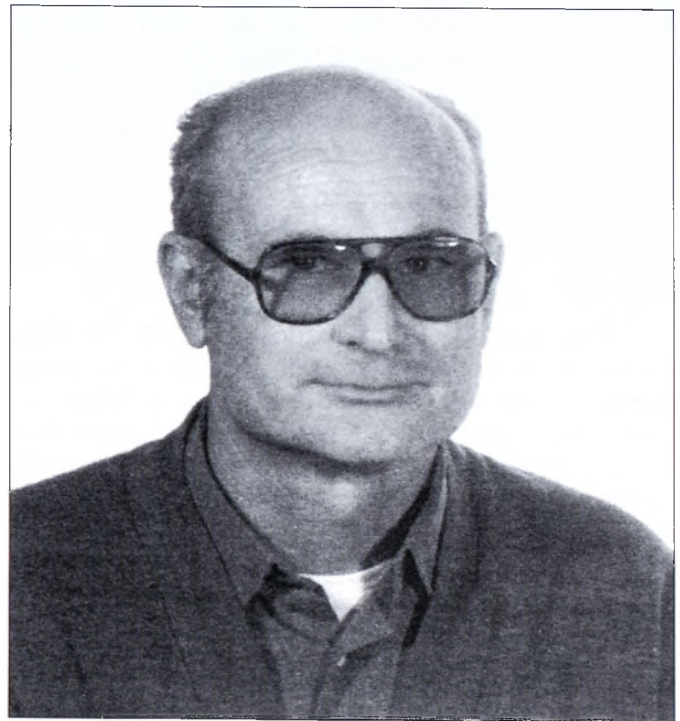
Pasé mi niñez alternando en casa de mis abuelos paternos, que vivían como posaderos, carnicero y agricultor, en el centro del pueblo, y maternos, «profesionales» del mar en el Puerto. Y entre unos y otros, la casa de mis padres en el «Barrio de Abajo», Calle Juan Bonachera.

Mis recuerdos más antiguos se remontan a cuando tenía cuatro años de edad e iba a la escuela con varios compañeros. Mi madre tuvo que llevar una silla y la cartilla. La maestra le llamaban «La Morenilla», una señora viuda que nos hacía aprender a contar con manojos de alfalfa, que luego colgaba en el techo para que se posaran las moscas. El pago por la clase debía ser escaso porque los alumnos no pasaban de ocho; casi todos están muertos.

En plena Guerra Civil, la familia se disgrega: mi padre huido, se esconde; mi madre y mis abuelos están en la cárcel, y mi hermano José María y yo pasamos a vivir en casa de unos y otros abuelos.

Yo debía de ser un niño inquieto, de estos que están todo el día en la calle y sabe todos los rincones del pueblo donde se pueden buscar nidos o jugar de una forma u otra. Los juegos en aquella época eran cuestión de imaginación. Cada cual se hacía mi camión de alambre, que hoy se lo sigo haciendo a mis nietos. A esa edad, los críos de El Puerto éramos grandes expertos en la fabricación de barcos a vela con un trozo de corcho y de los forros de pantalones viejos. Allí nació mi amor por el mar.

Recuerdo que se hacían competiciones o regatas en el Puerto de Roquetas, que era una dársena propicia por la poca profundidad que ha-



Gabriel Cara González en 1985.

bía pues cuando algún barco volcaba había que ir a por él antes de perderlo.

La casa de mis abuelos en El Puerto estaba unida a unos astilleros, y ahora me viene a la mente como yo podía poner tanta atención en la construcción y que poco a poco fui aprendiendo los nombres de las partes del barco. Entre varios amigos (mi primo Trino Giménez, Luis Guerrilla y los Hitas) teníamos nuestra flotilla, que era la que mejor navegaba siempre. Cada uno le ponía el nombre que tenían los barcos de los profesionales; mi primo y elegimos los de mi abuelo José María: «El Almerieño», «La Mariquita», «La Cirila», «El Misionero» y «Dalila».

Otra parte del tiempo lo pasaba en casa de mis abuelos paternos, en la Posada, a la entrada del pueblo. Aquí, aunque había muchos hijos de pescadores, los juegos eran distintos, como jugar a las «guerras»: unos eran los fascistas y otros eran los rojos, como hoy se me representa cuando veo a los niños jugar a los indios. Otro de los juegos era hacer cuevas en las ramblas en una tierra blanda de algaida de fácil excavación.

Al llegar a este punto, no quiero dejar pasar un caso que nos pasó y formó un revuelo en el pueblo de que nos habíamos encontrado un tesoro. Sucedió un día que hicimos una cueva de un metro de altura y de dos de profundidad. Allí teníamos nuestro cuartel, pero a los dos o tres días nos lo encontramos tapado. Entre todos nos pusimos a destapar nuestro refugio. En esos momentos apareció un trozo de tela de mantel. Seguimos sacando tierra y cual fue nuestra sorpresa que empezaron a salir piezas de oro y plata, candelabros, un cáliz y mil cosas más, hasta una máquina de coser. Asustados, nos fuimos y una de las madres dio cuenta a la Guardia Civil, que se hizo cargo del asunto.

Otro juego era el llamado «Juan trueno» que consistía en coger un pegote de barro de tierra blanca y una vez amasado bien se le hacía un hueco en el centro y se tiraba sobre una superficie plana y dura, como en la carretera. Al chocar, la pelota reventaba y daba un estampido y el jugador contrario tenía que darle un trozo del suyo. El perdedor era el que se quedaba sin el barro para seguir jugando.

En 1938 estamos en plena Guerra Civil. Jugando yo con otros amigos a saltar de barco en barco, resbalé y di tal golpe que me rompí el brazo izquierdo. Una de mis tías me recogió y me llevo a la curandera del Pueblo, la tía Josefa Zamora (llamada «La Palangana»). Todos los días me daba un masaje en el brazo y cada vez que me pasaba su mano los gritos se oían a doscientos metros. Viendo mi madre que había pasado un mes y el brazo me dolía cada vez más y aprovechando la ocasión que ese día sí había médico, me llevó a la consulta. El brazo seguía roto pero después de tantos masajes se había unido montando una punta sobre la otra y habría que romper de nuevo.

Al día siguiente, mi madre y yo nos desplazamos a Almería capital en el carro del cosario, pues no había correo por falta de gasolina. Salimos de Roquetas a las cuatro de la mañana para estar en Almería a las nueve. Al llegar a la Puerta de Purchena sentimos el «pito de Oliveros», señal de que la aviación había llegado. La primera boca de

refugio fue nuestro objetivo. Mi madre me arrastraba del brazo nuevo que no se como no me lo arrancó porque nos matábamos todos por meter la cabeza en el refugio.

Pasado el peligro volvió a sonar el «pito de Oliveros» y esto nos dio tranquilidad. Nos dirigimos a la Calle Alcalde Muñoz, a la consulta del doctor Monrroy. Una vez reconocido le dio a mi madre el precio de escayolarlo que eran cincuenta duros pero no había anestesia por que estaba toda en el frente. No sé a que distancia llegarían mis gritos pero lo cierto que cuando salimos de la consulta había un grupo de gente que me aplaudieron como un campeón.

Terminada la guerra, en el «año de la Victoria», la algarabía y la alegría de los vecinos se mostraba en todas partes. Para festejarla, mi abuela paterna me colgó en el pecho un pañuelito, no más grande que una caja de cerillas, con la bandera nacional que la había conservado debajo de una piedra en una de las cuadras de la posada.

Desde la casa de mis abuelos paternos fui a la de mis padres y al llegar a principio de la Calle Juan Bonachera, donde había un puentecillo, observé a lo lejos mucha gente en la puerta. En esos momentos me crucé con un hombre, con barbas y marchito de estar escondido. Yo hacía cerca de tres años que no veía a mi padre; me tiré a sus pies y lo abracé. Él sabía que yo vendría y salió a mi encuentro pero las personas que había en la puerta dudaban si al cruzarse conmigo lo reconocería. Bendita página de mi vida; tengo setenta y dos años y jamás podré olvidar ese momento.

La posguerra fue más difícil que la guerra: no había trabajo, no había productos para vender y comprar en el comercio de mis padres y hubo que echar mano a antiguos modos y costumbres para supervivir, como la cogida de «algazul» para hacer jabón, la «saladilla» o el «sayón» para dar de comer a los cerdos y recorrer la orilla del mar para aportar lo que se pudiera de madera para el fogón.

Hacia 1940, vino la Columna Internacional a Almería y acamparon unos días en El Parador para recoger el material de guerra. Los chiquillos de Roquetas nos desplazamos a ver tantos soldados. Familiarizados como estábamos con nuestra «guerricas» en broma, unas veces nos encontramos material de guerra verdadero en la orilla del mar o en cualquier parte.

Una de nuestras distracciones consistía en vaciar los cartuchos de pólvora y poner nuestro nombre sobre una piedra grande; se le pegaba fuego y quedaba grabado sin poderlo borrar. Otra

distracción era ir a una batería, llamada «los cañones», y recoger la pólvora no quemada en las prácticas para hacer bengalas de noche.

Siguiendo a estos soldados en El Parador, nos reunimos cuatro críos del Barrio Bajo -yo era el menor- y nos metimos en unas trincheras donde el material de guerra era abundante. Uno de ellos era Tomás Amat «el Guadix», mi mejor amigo, que se cargó a la espalda un bidón vacío de cincuenta litros, que, quitándole una tapa, serviría para hacer arenques o salar sardinas. Yo llevaba unos pantalones con tirantes y me colgué en cada una un par de bombas de mano de las llamadas «piñas», un correaje con las cartucheras de balas y un fusil que lo traía medio arrastrando.

Bajamos la cuesta de El Parador. Mi amigo Tomás, con un casco de soldado en la cabeza, iba dándole patadas al bidón porque no podía con él. Caminábamos cansados de la carga con el sol de la tarde en el mes de junio.

Al llegar a La Molineta, a mitad de camino entre El Parador y Roquetas, nos paró un camión de soldados en el que venía un hermano de Tomás. Subimos al camión hasta llegar al pueblo.

La posada de mis abuelos estaba a la entrada de Roquetas; no podía entrar o salir nadie del pueblo sin ser visto por alguno de la familia. Al bajarme del camión observe que mis abuelos y mi tía se encontraban en la puerta; cuando me vieron cargado con aquel arsenal me pareció que había llegado la peste. Mi tía llamó a uno de los soldados destacado en la ametralladora situada a la entrada del pueblo para que me despojara de aquella carga. Treinta años después de terminar la guerra, el casco que se trajo mi amigo rodaba de cabeza en cabeza en los críos de «La Fabriquilla» y el «Barrio Bajo».

Cómo era tiempos de necesidad, procurábamos buscar alimentos donde los había. Frente a La Molineta había un palmeral con miles de palmeras de todos los tipos, dedicadas a la producción de dátiles. Cuando maduraba el fruto había un guarda pero era imposible vigilar tanta extensión. La manera de robar estos dátiles no era fácil; había que organizarse y mientras que los críos del Barrio Bajo atacábamos por La Norietilla o Bosque, otros lo hacían por la propia carretera que a mí me gustaba más. La razón era que este Tomás, había construido un artefacto con cuatro cojinetes de hierro que le habían dado en un taller y un cajón de madera de los de tabaco, las ruedas de la parte de atrás estaban fija y las delanteras eran móviles para poder conducir el carruaje, se le



En 1997.

ponían unas cuerdas y tirábamos de él cosa que daba lugar a escapar mejor con la carga por la carretera. En aquellos tiempos, los únicos que circulábamos por la carretera a las cuatro de la tarde éramos nosotros. En estas faenas teníamos nuestros competidores como eran los gitanos de La Aduana que por confianza del dueño les avisaban cuando íbamos.

Los dátiles a veces venían tan verdes que teníamos que liarlos en unos sacos viejos envueltos con vinagre y paja para que se maduraran, luego los escondíamos. Rara vez este tema no era motivo de discusión y peleas porque algunos visitaban el escondrijo dos o tres veces al día para comprobar si maduraban o si seguían en el sitio. En cada una de estas visitas unos se comían dos y otros cuatro. En resumen: que a los tres días no quedaban verdes ni maduros.

Pasaban los meses y había mucha hambre. Mi hermano José María y yo hacíamos cola en todas las tiendas donde se iba a vender comida. En 1941 mejora la pesca y se hacen algunas salazones de pescado. Esto da un poco de vida al

pueblo. Mi abuelo paterno también fue saliendo adelante como carnicero y con el dinero, cuando no los productos, de los arrieros que pernoctaban en la posada y traían alimentos de estraperlo.

El tiempo nos hace ver las cosas de otra manera y comprenderlas mejor. Hoy que soy abuelo por ocho veces, veo el cariño con que tratamos a los nietos, intentando hacer lo mejor que podemos y, sobre todo, hacerles el gusto, y recuerdo a mi abuelo paterno.

Un día me llevo a un cortijo de donde tenía que traerse un carnero. Al ver tantos animalitos en la manada yo le dije: «¡Abuelo! ¿por qué no me compras un borreguillos de esos pequeños?». Por hacerme el gusto así lo hizo. Llamó al pastor y le dijo dame un borreguillo de los atrasados que son los que mejor se crían sin madre. Con una cuerda amarrada al cuello y un ramo de alfalfa que le mostraba para que andara, llegamos a casa. Allí teníamos un patio sembrado de cebada, que comió hasta hartarse de «verde» y después le di un baño. En ese momento entró mi abuelo, vio el borrego mojado y me preguntó lo sucedido. A continuación dio una voz a mi tía y dijo: «Encarna, prepara que vamos a matar». Yo le pregunté «¿Abuelo, qué vas a matar? «Al borreguillo -me contestó- porque sino dentro de un par de horas se habrá muerto». Triste final para una ilusión de niño que jamás he olvidado.

En aquellos años voy a la escuela de la «Plaza de Arriba» con mi hermano José María. Fui un mal estudiante, poco aplicado, al revés de mi hermano, que pasaba leyendo o estudiando el tiempo que le dejaba libre el trabajo.

Yo aprendía lo que veía en la familia. Lo mío era comerciar con todo lo que pillaba. Por ejemplo, una tía me compró un balón, el único que había en el pueblo. No me importaba cuantos críos jugaban porque yo cobraba un «real» por cada uno. Los equipos se formaban por barrios: El Puerto con el Barrio de Abajo, el Barrio de Arriba con La Añoreta y esta Los Cuartelillos. Al final todas estas competiciones terminaban a palos: no había árbitro y el tiempo se marcaba hasta que hubiera luz para poder jugar; este reloj no fallaba ni había otro.

Otra de mis aficiones era organizar corridas de toros pero con borregos. Ahora era mayor y aceptaba que el día de la Virgen del Rosario, Patrona del Pueblo, había que matar el borrego y traer otro pequeño. A este noble animal, dócil cariñoso, se le retorcían los cuernos con el tiempo, dando un aspecto de temor. El ruedo era un cercado de cajones y en el centro es donde se lidiaba

al borrego. La entrada era de dos reales, o sea 50 céntimos, y a los espectadores se le daba la posibilidad de que si toreaban al animal se le devolvería el importe. Siempre había voluntarios que por regla general había que auxiliar al terminar por los suelos y en el mejor de los casos saltaban por encima de los cajones para librarse de la fiera.

También teníamos las peleas entre borregos. Enrique Marín Amat y otros amigos nos poníamos de acuerdo para enfrenarlos y así comprobar cual era más fuerte. No olvidemos que las peleas entre carneros son brutales. Tras tomar carrerilla se daban testa con testa, en los primeros momentos los dos quedaban aturdidos pero un buen cubo de agua les ponía otra vez en función hasta que uno de los dos salía corriendo que era el vencido.

En plena guerra mundial, solían salir a la orilla del mar toda clase de efectos que flotaran. En uno de estos recorridos que hacíamos por la playa, que le llamábamos «mariscar», y hacíamos por ver lo que nos encontrábamos, un amigo y yo nos encontramos una especie de lata de unos quince quilos de peso. Este recipiente era muy parecido al que otros chicos se habían encontrado días antes. Empujados por la curiosidad, llevamos el bidón a un corral de mi amigo y con un azadón intentamos abrirlo. Al oír los golpes, un tío de mi amigo se acercó para ayudarnos en el intento; éste al instante nos ordenó salir del patio inmediatamente por que lo que intentamos abrir no era un bidón de pintura sino una bomba americana anti-submarina. Avisados los carabineros se hicieron cargo del artefacto.

Hubo personajes en aquella época que no se olvidan como los «traperos». Estos paseaban las calles con una cesta en cada mano anunciando los artículos que cambiaban. Todos los críos cuando nos encontrábamos unas alpargatas viejas, botella o un trozo de hierro, esperábamos al tío traperero para que a cambio de esto nos diera alguna «llema» para comer o bolas o canicas para jugar. Independientemente de estos juegos de las bolas, jugáramos al «boli troli», que se jugaba con una pala de madera. Había juegos en el que se empleaba la piedra que eran las gachas «las mochás», la «tangana» y muchos más, hasta cuarenta juegos que tengo copiados.

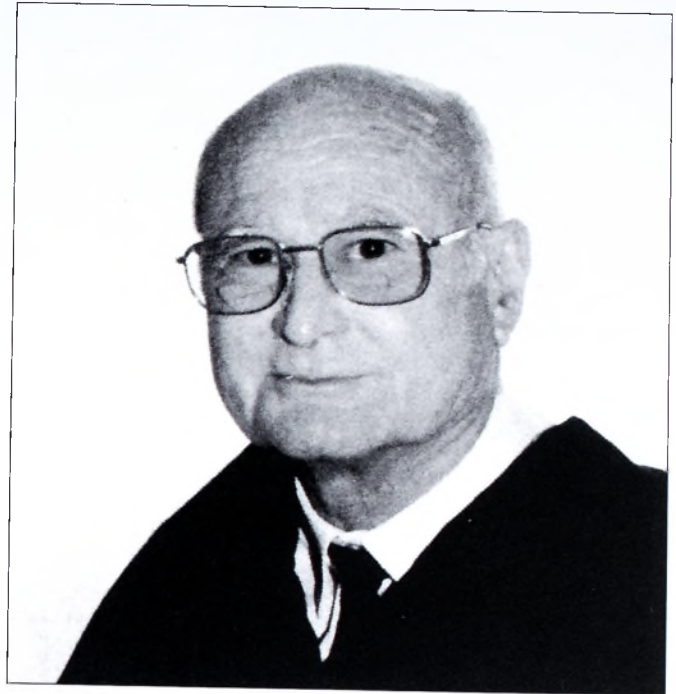
En esa época los niños participábamos en casi todos los actos de los mayores, como dar una «cencerrada», que consistía en tocar una caracola marina cuando un viudo se iba a casar. El Domingo de Gloria se tenía por costumbre poner ramos en las ventanas de las mozas casaderas, esto degeneró en ponerle adornos a políticos, curas y

solteronas. Cuando a una de ellas había que ponerle unos rábanos gordos, los mayores nos utilizaban para colgarlos.

Un pasaje que no se me olvida es que un día paseaba por el muelle rodando un aro de hierro con mi gancho, hay que decir que cada crío tenía su aro como hoy el «amoto», como dicen. Vi un pulpo agarrado a una piedra; dejé el aro me metí en el agua y con el gancho del aro lo saqué. Mi abuelo salió a mi encuentro para ayudarme; lo pesó con una «romana» y dio cuatro kilos; cogido por la cabeza y puesto de pie era mucho más alto que yo.

Muchos más recuerdos pueden dar testimonio de aquella época.

Desde que empecé a recopilar datos de mis vivencias, cada día acuden a mi mente casos y cosas que me sucedieron; interesante para mí, pueden servir a los demás como punto de reflexión para comparar la vida de un niño en aquella época y en esta.



En 2001, de universitario.